

¿Repetiría el general Charles De Gaulle, presidente de la V República francesa, si se presentase la ocasión de hacerlo, una experiencia como la de ese viaje reciente por Hispanoamérica? Después mucho más que antes de iniciarla, se ha podido llegar a la conclusión de que si en el viaje ha habido, ciertamente, elementos sobrados para convertirlo en un gran triunfo personal, en un triunfo que no es fácil calibrar, por carecerse de precedentes adecuados para hacerlo, hay también mucho en él que encuentra más que justificada la actitud de *Le Monde* al pensar en Bolívar, el mismo a quien De Gaulle había tomado como principal y preferido compañero para un viaje en el cual se quería insistir mucho en la independencia y la soberanía y en la situación a que pueden conducir “las ideologías agotadas y las hegemonías cansadas”. De Bolívar se tomó una expresión tan famosa como desalentadora—“He estado arando en el mar...”—para abrir un comentario en el que resulta oportuno preguntar qué es, en realidad, lo que ha hecho De Gaulle.

No hay duda sobre lo extraordinario del acontecimiento que ha hecho posible que, desde “Caracas a Río de Janeiro, los sudamericanos no hubiesen vacilado durante veintiséis días en utilizar los superlativos más halagadores para saludar al presidente de la República francesa. Pocos jefes de Estado habrán podido tener la frente encintada de laureles tan numerosos y tan pesados en un tiempo tan corto”.

Pero los laureles que han podido realzar, sin duda, las dimensiones extraordinarias del triunfo personal de un viaje que había sido causa de muchas y serias preocupaciones, por el aspecto personal precisamente, no han podido, sin embargo, ocultar, ni siquiera oscurecer un poco el otro aspecto de la cuestión, el que la presenta como una equivocación por lo menos, quizá incluso con un serio fracaso.

Se habían tomado grandes, infinitas precauciones, antes de empezar el viaje, memorable, sin duda alguna, en cualquier momento y circunstancia y mucho más cuando el viajero que se sometía a la prueba de hacer un recorrido de todas las repúblicas sudamericanas en algo menos de cuatro semanas, para pronunciar medio centenar de discursos—generalmente muy breves—, presidir docenas de banquetes y recepciones, asistir a ceremonias, presenciar desfiles, saludar a grandes multitudes, pasar de capitales a una gran altitud a otras con una elevación mucho mayor todavía, era, circunstancia que nunca se debería perder de vista, el jefe del Estado y el Gobierno de una potencia con verdaderos sueños de grandeza y con setenta y tres años de edad ya generosamente cumplidos. El séquito oficial era relativamente reducido: dos docenas escasas de personalidades, entre ellas la esposa, por supuesto, del general De Gaulle y su ministro de Asuntos Exteriores; pero era poco menos que interminable el ejército que había sido movilizado para su protección y defensa: dos ejércitos más bien, uno formado por guardias, soldados y agentes que estaban en evidencia más o menos conspicua, y el otro, por los hombres y mujeres de bata blanca, dispuestos para pasar lista en hospitales, clínicas y puestos de urgencia, con la esperanza de no desperdiciar un instante en el caso de ocurrir algo desagradable, lo peor en lo que pudiese pensarse cuando un hombre de esa edad se somete a una prueba semejante y más todavía cuando por muchas partes de Sudamérica se sabe muy bien que quedan refugiados que en algún día muy triste aprendieron por Argelia a tenerle un odio de la naturaleza de esos que dejan la impresión de agigantarse con el recuerdo y las distancias, un odio como el que, inesperadamente, llevó a tener un tropiezo con la muerte al antiguo dictador de Siria, el general Adib Shishakli, y por aquellos mismos días y lugares, precisamente.

Había una gran preocupación, sin duda. Estaba de manifiesto por todas partes. Le dió expresión, con acento angustiado, François Mauriac, uno de los grandes admiradores del general De Gaulle. “Me da miedo este viaje —escribió—; lo desto..., me pregunto si el legendario personaje de De Gaulle no estará entregándose por vez primera al vértigo de su propia leyenda.” Pero cuando alguien, muy cerca de él, llegó a insinuarle que el viaje podría ser causa de fatiga, se limitó a contestar, con esa actitud en él tan característica, por tratarse tal vez de un hombre a quien no le queda más remedio que mirar a sus semejantes, cuando necesita o quiere hacerlo, por encima del hombro: “*Por les autres, peut-être...*”

Y *L'Express*, que acaso no siempre sea merecedor de una gran confianza, en vista de una inclinación irresistible hacia el lado de lo irreverente, llegó a decir que la contestación que dió a otro consejero que le habló de la necesidad de mucha prudencia durante el viaje por un continente "gran productor de atentados o motines", fué, sencillamente: "*Mieux vaunt finir ainsi que comme Catherine II... aux cabinets!*"

Pero se hizo el viaje y, es más, en condiciones que hicieron posibles las "jornadas más brillantes", algo que bastaría con compararlo con otras visitas recientes—y más restringidas—a la región o a alguna de sus partes, como las de los presidentes Tito, Luebke "y hasta el mismo Kennedy". Por lo tanto, ¿qué menos que sentirse plenamente satisfecho con los resultados de un viaje "temido por los doctores y criticado por muchos ministros" según el juicio de *Le Monde*? La mejor constancia de ello fué el aire de perfecta normalidad, sin tomarse el más pequeño descanso, siquiera, que adquirió la participación en la vida pública del general a la terminación del viaje, como si nada, absolutamente nada, hubiese sucedido en todas esas cuatro semanas que habían transcurrido desde el momento en que había tomado el avión, para su comienzo. (No deja de parecer curioso que el salto del Atlántico se hiciese en un *jet*, como ahora se dice, de fabricación norteamericana, para pasar después a otro avión, éste de fabricación francesa, y emprender así la misión de movilizar, a ser posible, un estado de opinión contra los Estados Unidos, tomando como punto de partida las ambiciones y los sueños de gran potencia de la nueva, la renacida Francia, una circunstancia que podía ser, en cierto modo, tan incongruente como el hecho de haber sido entregados ya al Gobierno francés los primeros doce gigantescos aviones nodriza destinados al abastecimiento en vuelo de combustible a los aviones "Mirage" de la *Force de frappe*, en creación, uno de los instrumentos fundamentales de una gran potencia moderna.)

Era una manera de buscarles incomodidad a los Estados Unidos y a bastante más también, porque algo había, sin duda, en el juicio sarcástico de Fidel Castro cuando, con algunos de los acontecimientos que hicieron compañía al general De Gaulle durante su viaje, ya mezclados irremediablemente con las lentejuelas, el *confeti* y la hojarasca que formaban una estela deslumbrante, sentenció que "la situación del imperialismo norteamericano y de sus lacayos es muy crítica". Y para seguir adelante, basta decir que el jefe del Estado francés había dejado detrás de sí a dos Gobiernos "en crisis", los de la Argentina y Colombia.

Podía muy bien preguntarse si, por ser tan grande el triunfo personal que representaba aquel viaje, valía realmente la pena de haberlo hecho. Porque los grandes hechos de la Historia no se miden por el propósito que los animó o por la intención que los hizo posible, sino por los resultados y consecuencias que de ellos han ido desprendiéndose. Y, por lo menos de momento, ¿qué resultados han podido salir de este viaje como no fuese el afianzamiento de las posiciones norteamericanas, puesto bien a las claras de manifiesto en Colombia y en el Brasil, por ejemplo, y el dejar, acaso para más adelante, plantado un árbol de mala sombra en un ambiente donde siempre existe la posibilidad de que crezca y se desarrolle con mucha rapidez?

Porque, a pesar del empeño evidente puesto por las autoridades de algunas repúblicas hispanoamericanas en evitar con mucho celo y cuidado que el presidente De Gaulle hubiese podido entrar directamente en contacto con los focos más activos de incubación y desarrollo de un estado de opinión de inclinaciones inconfundiblemente izquierdistas—el chabolismo que se extiende por los alrededores de muchas ciudades, amenazadas ya por la asfixia, las universidades, una universidad nada más, en realidad, sin estudiantes—, fueron demasiado frecuentes y demasiado incómodas las manifestaciones de una admiración y simpatía que en realidad tomaba a De Gaulle (y a Francia) como un pretexto, como el pretexto que hacía posible gritar con voz a la que la rabia y el odio parecían dar mayor resonancia, ante un visitante ilustre y ante las representaciones oficiales de mayor relieve de los países visitados: “¡Francia, sí; yanquis, no!”

¿Qué tenía que ver Francia—De Gaulle—en todo aquello?

Podría decirse que en el viaje hubo de todo, con más cosas malas que buenas, porque, en fin de cuentas, ¿cómo podía haber en él muchas cosas buenas? De Gaulle iba a pedir, en cierto modo, a Hispanoamérica que se acordase de Bolívar, que, también en cierto modo, podía presentarse como un grande, glorioso fracasado, porque lo que él quería que fuese su verdadera obra, ¿no sigue siendo un sueño? Y que, en su nombre, se declarase la guerra, a la manera de los días en que las guerras de verdad se van quedando envueltas en una atmósfera de creciente improbabilidad, a los Estados Unidos. A eso parecía ir a parar, una y otra vez, el reiterado llamamiento a la unidad entre Francia y Sudamérica para hacer frente con éxito a las “hegemonías en competencia”, lo que en la mente de Hispanoamérica, desde luego, en la mente del general De Gaulle,

muy posiblemente, se reducía todavía a la hegemonía que carecía prácticamente de rival por toda esa parte del mundo, incluso después de lo sucedido en Cuba, por lo que las "hegemonías en competencia" eran por allí una pura figura retórica. Sólo una vez que otra, y siempre que fuese en forma limitada, se podía tener alguna perspectiva de éxito cuando la cuestión quedaba reducida a estos términos. Como informaba Henry Giniger a su periódico en Nueva York, en crónica enviada desde Montevideo, el presidente de Francia "ha tenido un éxito popular en la promoción de sus ideas, notablemente en los círculos que se inclinan hacia el lado de la irritación ante la preponderancia del poder económico de los Estados Unidos en este Hemisferio".

Y si todo fué bien en Montevideo, donde el entusiasmo parecía ser oficial además de popular, lo suficiente para amortiguar o incluso matar la sensación de incómoda frialdad del agua que no dejaba de caer sobre él, a la entrada o a la salida, siempre en coche descubierto, se pudo borrar un poco el convencimiento de que era notoria, en momentos ostentosa, la incomodidad que le produjeron en Buenos Aires los carteles con el retrato de Perón al lado del suyo propio y los gritos clamorosos de "¡Perón, Perón!" y "¡De Gaulle-Perón, tercera posición!", algo no menos incómodo, en definitiva, le esperaba en Río de Janeiro y en Brasilia y hasta en Sao Paulo, la única ciudad del Brasil que se había echado literalmente a la calle para recibirle y aclamarle, a veces con dimensiones que tocaban en lo grotesco, sencillamente.

Porque, ¿tenía algún sentido el ir a Sao Paulo para ser aclamado con gritos de: "¡Salud a De Gaulle, el amigo eterno del Líbano!"? ¿O es que podía tener más sentido el escuchar las declaraciones del gobernador del Estado de Guanabara, Carlos Lacerda, que mantiene contra viento y marea su candidatura a la presidencia? "Nosotros—dijo, no en presencia del general De Gaulle, desde luego, que atravesó por la capital de su Estado como el que no tiene más remedio que pasar por encima de ascuas con los pies descalzos—recibimos a un hombre como los demás; no recibimos al rey Luis XIV y no hay razón alguna para semejante apoteosis."

Y las declaraciones de Carlos Lacerda son, como los carteles peronistas con que fué recibido el general De Gaulle en Buenos Aires, una parte del ambiente local. ¿Tiene De Gaulle, al escoger ese ambiente para llevar a lo que se considera ser terreno enemigo, una guerra que ha declarado, desde hace tiempo, solo en cuenta a los Estados Unidos? Acaso no valiese la

pena llegar así al Brasil y encontrarse con lo mismo con que ya se había encontrado en Venezuela, más claramente todavía que en Colombia, donde el presidente Guillermo Leon Valencia habló de España no menos que de los Estados Unidos, o en el Ecuador, o, en fin, en forma más o menos atenuada por la cortesía, en Brasilia, donde al citar una vez más “las ideologías antagónicas, las hegemonías en competencia”, se encontró con un público peor que indiferente, en cuyo nombre hizo uso de la palabra el senador Arinos de Mello Franco, para hablar de la “gloriosa nación de la América del Norte, el país más poderoso del mundo”, y advertir, a continuación: “Nosotros rechazamos la división del mundo entre el Occidente y el Oriente, entre Washington y Moscú. La verdadera frontera pasa entre los que quieren la guerra y los que quieren la paz. Nosotros sabemos que podemos contar con la comprensión de Francia, pero nosotros sabemos también que nuestro destino está ligado al del continente americano.” Para escuchar cosas como ésta, tantas y tan claras, ¿valía la pena y el esfuerzo de haber hecho ese viaje?

Sospechaba, quizá sabía, De Gaulle que Hispanoamérica era un buen sitio para hablar de los Estados Unidos con el sentido y con la intención con que viene él haciéndolo desde el momento en que no se le hizo el menor caso, en que apenas si se tuvieron en cuenta sus propuestas de modificación de las relaciones entre algunos miembros de la Alianza Atlántica. Apenas había llegado a Caracas, el país sudamericano donde más directamente se siente la presencia de los Estados Unidos, donde apenas es posible abrir los ojos sin encontrarse de lleno ante algún testimonio ostentoso de ello, cuando ya se le encontraba proclamando:

“No podemos admitir el derecho de ningún Estado a establecer, externamente, la dirección de los asuntos económicos o políticos por su alrededor. Creo que todos estamos de acuerdo en que toda la opresión y toda la hegemonía han de ser excluidos de nuestro universo.”

Bien sabe todo el mundo para el que la objetividad es algo más que un pretexto del que se puede echar mano en un momento oportuno, que el ambiente hispanoamericano, todo él, está favorablemente predispuesto a escuchar y aplaudir cosas como ésta. Eso se ha dicho muchas veces y se ha vuelto a recordar en ocasión de este viaje, incluso por observadores norteamericanos que han alcanzado considerable autoridad por su acusado sentimiento crítico. Dice ahora uno de ellos que los sudamericanos se sienten orgullosos, sin duda, de su “latinidad cultural” y “miran hacia Europa en busca de inspiración”. Con una predisposición como ésta para

enterarse de lo que pasa y comprenderlo, resulta fácil explicar la acogida, tan favorable, que ha tenido De Gaulle entre las masas populares de Sudamérica y la espontaneidad con que han sido aplaudidas algunas de sus observaciones, como, por ejemplo: “Entre naciones en las que todo es una invitación a mantener unas relaciones más íntimas, el Océano Atlántico no puede ser un obstáculo. Tanto mayor es la verdad que hay en esto cuando se habla de los pueblos latinos que somos nosotros.”

Para los Estados Unidos, para algún que otro norteamericano cuya sensibilidad no ha quedado perfectamente embotada por lazos e intereses de la naturaleza de lo que ha convertido a Hispanoamérica en una fuerza económica que no tiene una total jurisdicción sobre su propio destino, esto se comprende sin necesidad de hacer grandes esfuerzos. Acaso merecería ser citado un poco ampliamente uno de estos norteamericanos que han seguido con enorme interés el desarrollo del viaje del general De Gaulle por Hispanoamérica. Dice, en una crónica publicada por *The New York Times*, posiblemente la de mayor influencia en el ancho y rico mundo de la Prensa norteamericana: “He oído a más de un embajador de los Estados Unidos lamentar que no hubiésemos coordinado suficientemente las aproximaciones latinoamericanas con nuestros aliados en la O.T.A.N. Y he oído a más de un embajador europeo quejarse de que cada vez que quiso sugerir una mejor cooperación, se le recordó friamente la Doctrina de Monroe.

“No podemos al mismo tiempo tener y no tener una esfera de intereses en la América Latina. Es, ciertamente, nuestra primer preocupación que la región permanezca libre y estable. Pero sufrimos del legado de la sospecha y el imperialismo económico.”

Que esto lo dijese un enemigo de los Estados Unidos, pudiera parecer explicable y hasta lógico. Que lo diga un norteamericano que está empeñado en la tarea de defender el buen nombre de su país, merecería ser considerado como una afirmación digna de ser tenida en cuenta. Lo que ya no se comprende—ni se puede admitir—con tanta facilidad es que se tenga la pretensión de ir a Hispanoamérica a declarar la guerra, una guerra especial, ya se sabe, en nombre de la latinidad cultural y nada más. Hubiera sido justo, hubiera sido elegante y hubiera sido un gran acierto político el no haber reservado para el último instante del viaje, para el momento de pasar volando por encima del suelo de donde salió el impulso, la gente, los medios, todo, en una palabra, lo que hizo posible la América

Hispana, una declaración como la que finalmente hizo el general De Gaulle, en la forma de su mensaje dirigido al Jefe del Estado español:

“A lo largo del magnífico viaje que acabo de realizar por la América del Sur—decía—, he encontrado en todas partes la prueba de las nobles tradiciones y de la herencia cultural de la Hispanidad. En el momento en que vuelo sobre el territorio español, quiero hacer llegar este testimonio a Vuestra Excelencia, al mismo tiempo que le dirijo mi más cordial saludo y las seguridades de mi más alta consideración.”

Acaso sea esta la más notoria escasez de generosidad y de imaginación del hombre que, empeñado en una lucha grave y muy desigual contra una avasalladora influencia hegemónica, ha hecho demostración de sequedad, de limitación de espíritu, de estrechez intelectual ante un panorama tan abierto, tan ancho, con tanta solera hispánica como el sudamericano. No en balde la preocupación norteamericana de antes acabó tornándose en confianza cuando no en regocijo, porque al fin ha sido posible hablar de “una útil y bienvenida prueba de la fuerza de los lazos entre los Estados Unidos y los países sudamericanos”, según una información de Washington en la que se hablaba de las conclusiones a que habían llegado los medios oficiales del país, después de haber examinado detenidamente la situación creada por el viaje del general De Gaulle. Esa prueba era bien acogida porque había demostrado, se decía, que lo que el viaje había comprobado era que, precisamente, “no existe sentimiento significativo en la América Latina en favor de forma activa alguna de neutralismo o de movimientos de *tercera fuerza*”.

Frente a esto siempre sería posible situar opiniones no menos concretas, como la de un distinguido diplomático boliviano, Augusto Céspedes, al hablar, en un semanario de París, de “los sentimientos que han agitado a las poblaciones sudamericanas al paso del general De Gaulle”, que no son, añadió, “de orden étnico. Tampoco se trata de intereses económicos, porque si hubiera sido así, los presidentes y vicepresidentes yanquis (siempre que se haga mención especial de la visita de Kennedy a Caracas) hubieran sido recibidos con los clamores de la alegría. Pero todo lo contrario, pues son objeto de insultos por parte de los obreros y los estudiantes”.

Esto importa poco o no importa nada en los Estados Unidos y no se podría encontrar mejor confirmación de ello que el espectáculo que se dió por Hispanoamérica al paso del general De Gaulle. Un espectáculo real-



mente extraordinario, pues una vez y otra se ha podido observar que en todos los actos en que tenían alguna participación las masas populares, una barrera, que parecía más terrible por ser invisible, separaba a gobernantes de gobernados. Eso a los Estados Unidos no les inquieta ni les preocupa, porque es una cuestión en la que no les va ni les viene. Sus relaciones son con los gobernantes, que es de donde salen las concesiones y la fuerza necesaria para hacerlas respetar. Otra cosa, muy distinta, hubiera sido, sin embargo, si el general De Gaulle hubiese llegado a Sudamérica animado por ese gran sentimiento europeísta del que habla con la misma pasión con que los Estados Unidos hablan de la necesidad de acentuar, extremar y perfeccionar los instrumentos más eficaces posibles contra una agresión comunista que de hecho ha dejado de existir por Europa desde hace algunos años. Para una obra de esa naturaleza, la colaboración de España no sólo sería importante: sería absolutamente indispensable. A De Gaulle le ha faltado, sin duda, visión en este caso. Y también le ha faltado un generoso reconocimiento.



*ESTUDIOS*

